

¡Ay de ti, mancebo!

¡Tiembla!

Abl.— ¡Nunca!

Bohún.— A armarnos,

Que ansioso te espero.

Alb.— ¡Isabel, venganza!

Bohún.— ¡A la lid!

Alb.— Marchemos!



ACTO TERCERO.

EL JUICIO DE DIOS.

Gabinete gótico: puerta á la derecha que conduce á lo demás del castillo: puerta á la izquierda, que da al dormitorio de Isabel: ventana con vidrios de colores en el fondo, que se supone caer al patio del torneo, y cuyas hojas deben abrirse á su tiempo: sillas, etc.

ESCENA I.

LEONOR [Muy alegre.]

¡Qué cambio tan repentino!

¿Con que ya no hay boda? bueno!

Pues el chasco es muy pesado

Para el tal Barón; ¡me alegro!

¡Ah! mi pobre señorita

Estaba casi muriendo

De pesadumbre! ¿A qué hora

Será por fin ese duelo?
De esta ventana que cae
Para el patio del torneo,
Vamos á ver lo que pasa
(Abre la ventana y se asoma)
Por allá. ¡Qué día tan bello!
¡Qué bonita hubiera estado
La función! Sí, por supuesto,
Para todos los demás;
Pero para el pobre Alberto,
Y mi señorita... vamos,
Es mucho mejor que en esto
Haya parado. ¡Qué vista
Tan hermosa! allá á lo lejos
Se miran los pabellones
De todos los caballeros:
Aquí el dosel de mi ama
Forrado de terciopelo:
Las gradas en derredor
Para que mirara el pueblo;
Allá están ya los heraldos,
Y aún algunos caballeros,
Que pasean hablando:
Tal vez estarán sintiendo
No haberse dado porrazos
¡Jesús, qué pesados juegos
Tienen los tales señores!
¡Oh! también está allí Pedro:
Este, que todo lo escucha,
Debe de saber de cierto
La hora del combate! vamos,
Lo llamaré. ¡Hola! ¡Pedro!
(Llamándolo con palmadas y gritos).

Pedro!... nada; se hace sordo:
Eh! ya me oyó: sube presto,
Que quiero hablarte. No hay cosa
(Vuelve á la escena).
Qué pase aquí, que al momento
No la sepa este criado;
Tiene el olfato de un perro
De caza. Mi señorita
Se ha entretenido allá dentro
Con lady Arabela; ¡vaya!
Pues ha venido del cielo
La tal Arabela. ¡Hola!
¿Ya te hallas aquí? ¡me alegro!

ESCENA II.

LEONOR, PEDRO.

Ped.—Señora Leonor, ¿qué cosa
Se ofrece?
Leo.— Mi buen amigo,
Como tú todo lo sabes...
Ped.—¿Todo lo sé? ¿quién lo ha dicho?
Yo no sé nada, señora:
Es verdad que, como sirvo
En la casa y no soy tonto,
Lo que sucede averiguo,
Porque al fin... ya me entendéis;
Pero no siempre consigo
Lo que deseo.

Leo.— Yo pienso
Que te hallas muy bien instruido
De lo que ha pasado ahora
En el gran salón

Ped.— Os digo
Que no sé nada; mi amo
Me mandó salir: no he visto
Más que entrar á esa señora,
Y que después ha salido
El Barón muy enojado,
Y un poco descolorido,
Repitiendo: "¡morirá!"
"¡Morirá!" y el señorito
Alberto, por la otra puerta
Salió muy contento, y dijo
También "¡morirá!"

Leo.— ¿Y no más?
Vamos, habla.

Ped.— Que ha pedido
La señora Baronesa
Un combate á muerte, un juicio
De Dios: que el Barón mi amo
Todo se lo ha concedido,
Y en el patio del torneo
Va á suceder ahora mismo.

Leo.— Todo eso lo sé; mas quiero
Saber la hora.

Ped.— ¿Pues no digo
Que ahora mismo? ya está pronto
El gran caballo tordillo
Del señor Alberto; falta
Nada más que el señorito

Se acabe de armar. ¡Dios sabe
Quién morirá!

Leo.— Pues te digo
Que eres un tonto! El Barón
Será el que quede vencido.

Ped.— ¿Qué sabemos? tiene un puño,
Que es capaz de hacer añicos
Á una encina, y es valiente
Como un león.

Leo.— Pues yo afirmo
Que Alberto triunfa.

Ped.— ¡Dios quiera
¡Es tan bueno el pobrecito!
¡Ah! ¿no sabéis otra cosa
Que me han contado?

Leo.— ¿Qué?

Ped.— ¡Chito!
Por Dios, que nadie nos oiga.
Ese escudero que vino
Con la Baronesa...

Leo.— Vamos,
Habla pronto.

Ped.— Pues me ha dicho
Que el tal Barón es un monstruo,
Un bribón; el asesino
De su hermano, del buen Ralfo,
Que volviendo á su castillo,
Con Alfonso el escudero,
Fué por Walter sorprendido,
En un bosque, porque el monstruo
Las riquezas y los títulos
Envidiaba de su hermano,
Y también porque el inicuo

Amaba á Lady Arabela,
Y como fué su cariño
Despreciado, creció el odio
De Walter, hasta que impío
En el pecho de su hermano
Clavó bárbaro el cuchillo.

Leo.—; Malvado! ; Mas por qué causa
Ha estado oculto el delito
Tanto tiempo?

Ped.— El escudero
Era el único testigo
Del crimen, y amenazado
Por Walter, y seducido
Tal vez, ha guardado siempre
El más profundo sigilo,
Sirviendo al fiero Barón;
Hasta que hoy, compadecido
De su señora, ha logrado,
En el instante propicio
De estar el Barón ausente,
Romper los pesados grillos
De Lady Arabela, y juntos
A reclamar han venido
La protección de los nobles
Caballeros que reunidos
Se hallan aquí.

Leo.— Quiera el cielo
Dar al infame el castigo
Que merece.

Ped.— Amén. Y ahora
Me voy con vuestro permiso;
Con que hasta luego.

(Se va.)

Leo.— Que Dios
Te lleve por buen camino.
La señorita se acerca,
Aún está descolorido
Su semblante; no será
Por su futuro marido.

ESCENA III.

LADY ARABELA. ISABEL, LEONOR.

Arab.—Tranquilízate, hija mía:
El éxito del combate
No es dudoso; el mismo cielo
Debe en él interesarse:
A veces el crimen triunfa,
Triunfa, sí; pero aunque tarde,
Las iras del cielo hieren
La cabeza del culpable.
; Ay de aquél que á su grandeza
Pone cimientos de sangre!
El negro remordimiento
Le atormenta en todas partes,
Y, cual serpiente, devora
Su corazón miserable;
Una voz terrible, fuerte,
Que acallar no puede nadie,
En su alma precita suena
Con acento formidable,
Y al fin un rayo del cielo
El abismo á sus pies abre:

Ese Barón orgulloso
Toca al fin de sus maldades.
Isab.—A vuestra voz, ¡oh señora!
Siento el pecho aligerarse,
Que mi corazón oprime:
Sois una segunda madre
Para mí, y en vuestro seno
Deposito mis pesares.
La mano de Dios, señora,
Os mandó aquí como un ángel,
Que en el borde del abismo
Viene piadoso á salvarme:
Un día tal vez, una hora
De dilación, ya era tarde!
¡Ay! vuestra bondad me anima
A descubriros mis males:
Ese joven generoso,
Que en el sangriento combate
Va á exponer por vos su vida,
Ese, señora, es mi amante.
Arab.—¿Y vuestro padre sabía....
Isab.— Nada.
Arab.—¿Y ante los altares,
En presencia del Eterno,
Ibais á jurar....
Isab.— ¡Oh, madre!
Compadecedme! temía
Que mi padre descargase
Sobre Alberto sus furios.
¡Ay! la maldición de un padre!....
Arab.—¿Y la de Dios?.... ¡Pobre niña!
¡Una vida de pesares!

¡Un infierno! ¡y tan hermosa!
¡Tan buena! Yo á libertarte
Vengo, hija mía, no temas;
Alberto saldrá triunfante
De esta lucha, y luego...
Isab.— Luego
Me limitaré á adorarle
En secreto.
Arab.— Acaso....
Isab.— ¡Oh! nunca
Reveléis, señora, á nadie
Mi amor: á vos solamente
He podido confiarle,
Porque el desgraciado busca
Quien escuche sus pesares.

• ESCENA IV.

Dichos. TIMOTEO.

Tim.—El Barón mi amo, señora,
Os busca; ya prevenido
Está todo.
Arab.— Voy al punto.
(Se va Timoteo.)
Isab.—¡Llegó el momento, Dios mío!
Arab.—Mi presencia es necesaria;
Animo, Isabel, propicio
Será el cielo: ¿venís vos?
Isab.—¿Ir yo? ¡jamás! de este sitio
No puedo moverme!

Arab.— Entonces
 Quedáos. ¡Oh, Dios benigno,
 Haz que la justicia triunfe!
 (Se va.)
 Isab.— ¡Calma, señor, mi martirio!

ESCENA V.

LEONOR, ISABEL.

Isab.— ¡Leonor, Leonor; se acerca ya la
 (hora!

¿Concibes tú mi situación impía?
 Siento despedazarse el alma mía;
 Una ansiedad horrible me devora:
 ¡Fatal incertidumbre! ¡quién pudiera
 Adivinar el fin de ese combate!
 ¡Mi corazón con qué violencia late!
 Al pecho el alma abandonar quisiera:
 Ven á mi corazón, dulce esperanza,
 Tú sola puedes sostener mi vida;
 Tu voz consuele mi alma dolorida,
 Que al porvenir con inquietud se lanza.
 No puedo sosegar.

Leo.— Calmáos, señora,
 Dentro de una hora....

Isab.— ¡Una hora todavía!
 ¡Es un siglo, Leonor! ¡bárbaro día!
 ¡Ay! una eternidad será esa hora.
 ¿Ha sonado un clarín?

Leo.— No, nada suena;
 Todo en silencio está.

Isba.— ¡Gran Dios, qué lucha!
 ¡No puedo más! alguno viene; escucha...
 Ei es, que viene á consolar mi pena!

ESCENA VI.

Dichas, ALBERTO.

Isab.— ¡Alberto!

Alb.— ¡Amada!

Isabel bella!

Enjuga el llanto;

La faz serena;

¿No ves el gozo

Que me enagena?

¡Cuánto ha cambiado

La suerte nuestra!

Isab.— ¡Ay! que mi alma

Siempre se encuentra

Entre zozobras.

Alb.— ¡Oh! ¡nada temas!

Isab.— Ese combate....

Alb.— Mi pecho llena

De una esperanza

Tan lisonjera!

Hace muy poco

Que la tristeza

Me devoraba,

¡Quién lo creyera!

Un sólo instante,

Mi suerte adversa
 Cambia: ¡Dios mío!
 Mi alma se anega
 En gozo puro:
 Ya por mis venas
 La sangre corre
 Con mayor fuerza.
 Isabel mía,
 ¿Con que mi diestra
 Puede de un monstruo
 Purgar la tierra?
 ¡Gloria, ventura!
 ¡Dicha suprema!
 Rival odioso,
 De tu sentencia
 Sonó la hora,
 Tu fin se acerca!
 Ven, que tu sangre
 Calme la hoguera
 Que arde en mi alma
 Con llama eterna.
 Y tú, querida
 Beldad excelsa,
 Bálsamo dulce
 De mi existencia!
 No temas; alza
 Tu frente bella.
 ¿Y era posible
 Que tú sufrieras,
 Tú que has nacido
 Para ser reina
 De los mortales,

Tú que debieras
 Ceñir tu frente
 De una diadema?
 Isab.—¡Alberto mío!
 Tu voz me llena
 De una esperanza,
 Tal vez incierta,
 Si por desgracia...
 ¡Qué horrible idea!
 En el combate
 Tú periecieras,
 ¿Qué fuera entonces
 De mí en la tierra?
 Alb.—No, no, bien mío;
 Por Dios desecha
 Esos temores,
 Que te atormentan:
 El cielo mismo,
 La Providencia,
 Tu amor, tus ojos,
 Me darán fuerza:
 Cesen tus lágrimas,
 Que está muy cerca
 De tu ventura
 La hora suprema.
 Toca, ¿no sientes
 (Llevando la mano de Isabel á su corazón)
 Con qué violencia,
 El pecho late
 Donde tú imperas?
 ¿Piensas que acaso
 De temór sea?

No, no, querida;
 Es de impaciencia,
 Es que la gloria
 Todo lo llena.
 ¿No ves mis ojos
 Cuál centellean?
 ¿No sientes, dime,
 La voz secreta
 De la esperanza?
 ¿Ya no te acuerdas
 De que á esta espada
 Debí en la guerra
 De mil victorias
 La recompensa?

(Saca la espada.)

Mírala, hermosa,
 ¿No ves en ella
 Feliz presagio,
 Victoria cierta?
 Esta es la misma
 Que me ciñeras
 Cuando animoso
 Marché á la guerra
 De Palestina,
 ¿No lo recuerdas?
 Tócala, hermosa:
 Tu mano bella
 Le comunique
 Celeste influencia.
 Isab.—Sí, sí, no hay duda;
 Sólo con verla,
 A la esperanza

Mi alma se entrega:
 Siento aliviarse
 Todas mis penas.
 ¿Y tu armadura,
 Dime, es aquella
 Que antes llevabas?
 Déjame verla.
 (Examinando su armadura)
 Sí, sí, la misma.
 ¡Oh! quién pudiera
 Ser el escudo
 De tu defensa!
 Alberto mío,
 Acaso es esta
 De nuestra vida
 La hora postrera;
 Pues bien, amigo,
 Quiero que sepas
 De mi amor puro
 Toda la fuerza.

(Con mucho fuego.)

¿Sabes que te amo;
 Pero mi lengua
 Nunca ha podido
 Darte una idea
 Del fuego activo
 Que aquí me quema.
 Hay sensaciones
 Que no se expresan,
 Que el alma toda
 Nos basta apenas
 Para sentir las

Sin comprenderlas!
 Nunca los hombres
 Tienen idea
 De lo que sienten
 Las almas nuestras:
 En las mujeres
 Amor impera,
 Cual rey despótico:
 Nuestra existencia
 Toda él ocupa,
 El sólo llena.
 Esta mañana....
 ¡Bondad inmensa
 De Dios, perdona
 Mi culpa horrenda!
 Vértigo insano
 De mi cabeza
 Se apoderaba:
 Mi propia diestra
 A dar fin iba
 De mi existencia:
 Ya de un veneno....
 Alb.—¡Isabel, cesa!
 Cesa! tus voces
 De horror me llenan!
 ¿Con que tú misma....?
 ¿Y quién pudiera
 Calmar entonces
 Mi furia horrenda?
 De sangre ríos
 Correr hiciera,
 Y ya cansada

De herir mi diestra,
 Contra mí mismo
 La dirigiera:
 ¡Oh! no lo dudes,
 Amiga bella,
 Tu propia tumba
 Mi tumba fuera!
 ¡Ah! por fortuna,
 Ya más risueña,
 De la esperanza
 La luz destella:
 Verás muy pronto
 Cuál tus cadenas
 Caen á mi furia,
 Rotas, deshechas.
 ¡Oh, cuánto tarda
 De la pelea
 La hora!
 Leo.—(Desde la ventana en donde ha estado desde el principio de la escena.)
 A la plaza
 El Barón llega.
 Alb.—¿Llega? ¡qué dicha!
 Isab.— (Sentándose).
 ¡Gran Dios! las fuerzas
 Me faltan...
 Alb.— Calma,
 Calma tu pena:
 Voy á vengarte,
 ¡Adiós! no temas,
 Leonor querida.
 Cuida tú de ella.
 ¡Adiós!

Isab.— Escucha
 Por vez primera,
 Quiero pedirte....
 Alb.—¿Qué? dilo, ordena:
 Yo soy tu esclavo,
 Dí qué deseas.
 Isab.— (Con ternura, levantándose)
 Dame un abrazo.
 Alb.— (Abrazándola.)
 ¡Ah! dicha excelsa!
 ¡En este instante
 Morir debiera!
 ¡Reyes del mundo,
 Vuestra diadema
 Por este abrazo
 Trocar quisiérais!
 ¡Soy invencible!
 ¡Tirano, tiembla!
 Adiós, bien mío.
 Adiós! me espera
 Allí la gloria,
 Voy á obtenerla!
 (Se va precipitado)

ESCENA VII.

ISABEL, LEONOR.

(En toda esta escena hará Leonor grandes pausas, como lo indican los puntos en el diálogo.)

Isab.—¡Alberto! ya partió, y acaso nunca
 Le volverán á ver los ojos míos:
 Estos ojos de lágrimas cubiertos
 En vano en esa puerta estarán fijos!
 Acaso pronto, revolcado en sangre,
 Aquí conducirán su cuerpo frío...
 ¡Ah! sobre su cadáver adorado,
 Exhalaré mis últimos suspiros!
 Leo.—¿Por qué pensar de un modo tan
 (funesto?)

El triunfará, señora; y yo confío
 En su justicia.
 (Ruido de voces en el patio del torneo,
 que se oyen como de lejos.)

Isab.— ¿Escuchas esas voces?
 La lucha va á empezar, ¡atroz martirio!
 Ponte en esa ventana; yo no puedo,
 ¡Yo no tengo valor!

Leo.— (Colocándose en la ventana)
 Desde este sitio

Se ve perfectamente lo que pasa:
 Yo os lo referiré.

Isab.— ¡Poder divino!
 Dale valor á mi angustiado pecho!
 Leo.—Lady Arabela ocupa el lugar mismo
 Que para vos estaba destinado.
 Y vuestro padre la acompaña... el circo
 Mandan los jueces despejar ahora...
 Ahora lo reconocen... ya reunidos
 A la señora Baronesa se hallan
 Los demás caballeros... ahora altivo
 Sobre un caballo, como su alma, negro,
 Entra el Barón... da vuelta al campo...

(fijó)
 En su sitio está ya como una torre.
 Isab. (Con inquietud.)

¿Y Alberto?
 Leo.— No le veo; no ha venido...
 Ya, ya llega... ya salta la estacada:
 (Aplausos dentro.)

Oíd esos aplausos que su brío
 (Aplaudiendo)

Arranca del concurso. ¡bravo! ¡bravo!
 ¡Qué hermoso está!

Isab.— (Se arrodilla.)
 ¡Gran Dios! oye propicio

De esta infeliz el fervoroso ruego.
 Tú, á cuyo acento tiembla conmovido
 El universo, tú, cuya mirada
 El corazón penetra de tus hijos,
 Truena, Señor, contra el malvado, truena!
 Un rayo lanza contra el nombre impio,
 Que ultrajó la virtud; anima el brazo
 Del joven caballero que ha emprendido

De la justicia la defensa. ¡Oh, padre!
 ¡Oh padre justo, omnipotente y pío!
 Mirame aquí de lágrimas bañada,
 Pronta á desfallecer, ¡ah! sin tu auxilio
 No podré resistir á tantas penas:
 Escucha de esta misera el gemido:
 Hasta tu trono refulgente suba
 De mi dolor el penetrante grito.
 Leo.—Ya el señorito Alberto da la vuelta:
 ¡Con qué destreza rige á su tordillo,
 Cuya rizada crin al viento ondea!
 ¡Oh, qué hermoso caballo!... todos hijos
 Tienen en él los ojos... ya se para:
 Para acá está mirando el señorito:
 Sin duda os busca, vedle un solo instante,
 Tal vez el alma os manda en un suspiro.
 Asomaos.

Isab.— ¡No puedo!
 Leo.— Un sólo instante,
 (Se asoma Isabel.)

Esto lo animará. Ya, ya os ha visto.
 Isab.—¿Será la última vez? ¡Muerdo al pen-
 (sarlo!

Leo.—Ya las lanzas enristran ¡oh, Dios
 (mío!

Van á dar la señal: por Dios, señora,
 Por Dios, no la escuchéis.
 (Queriendo taparle los oídos. Suena un
 clarín.)

Isab.— ¡Ah!
 Leo.— (Vuelve á la ventana.)
 ¡Ya han partido!

Rayos parecen: ya se encuentran... ¡cie-
(los!

Las dos lanzas han dado á un tiempo mis-
(mo

En sus fuertes escudos, y en pedazos
Han saltado las dos.

Isab.— (Con la mayor ansiedad)
¡Oh, qué suplicio!

Leo.—Vuelven atrás, y nuevas lanzas to-
(man...
(Ruido dentro)

Ya vuelven á partir: ¿habéis oído
El ruido de su choque formidable?

¡Qué furia, eterno Dios!... ¡Qué es lo
(que miro!

¡Santos del cielo!

Isab.— ¿Qué?

Leo.— El señor Alberto...

Isab.—¿Qué?

Leo.— ¡Le falta el caballo; ya ha caído!

Isab.—¡Ah! (Cae desmayada)

Leo.— (Sin verla.)

Pero no temáis, ya se levanta...
Veo que la espada saca enfurecido...

El Barón también deja su caballo...

Ya combaten á pie... ¡Oh, Dios benigno!
Protégelo, protege su inocencia!

(Ruido de espadas).
¡Qué golpes! ¿No escucháis, señora, el
(ruido

De sus espadas?

(Viéndola.)

¡Ay! la desdichada!

Al peso cedió ya de su martirio:

Señorita... está helada, es un cadáver.

Isab.—¡Leonor!...

Leo.— Ya vuelve; ¡pero qué extravío
Noto en sus ojos!

Isab.— (Levantándose)

¡El ha muerto! ¡ha muerto!...

¿El no existe, Leonor, y yo respiro?...
¡Aun falta sangre que verter; mi sangre!

¡Ven, odioso Barón, el pecho mío

¡Rompe, rompe este seno que le adora!

(Con fuerza)

¡Yo te aborezco, mónstruo, te maldigo!

Vamos, Leonor, corramos á encontrarlo:

Que su feroz acero, ya teñido

En la sangre de Alberto, en mí se ceba!

¡Acaben con mi muerte mis martirios!

(Con gran ternura.)

¡Alberto era mi dios! ¡lo idolatraba!

¡Vivir no quiero, si con él no vivo!

¡Alberto! ¡mi querer! ¡mi bien! ¡mi g'lo-
(ria!

¡Espérame un momento; ya te sigo!